



## EL JARDIN ENGAÑOSO.

*Nueva y curiosa relacion, en la que se refieren los amores de Don Fadrique y Don José de Alvara, y de Doña Constanza y Doña Teodosia: dase cuenta, como al verse despreciado Don Fadrique, dió muerte á su hermano, lo echó en un pozo, y con joyas y dinero se pasó á Italia.*

### PRIMERA PARTE.

Con el favor de María, que como madre de gracia á los hombres comunica la salud para sus almas, pues de su precioso Hijo

todo lo que pide, alcanza: aquella que de abeterno ya fue de Dios destinada para ser del Verbo madre, y fue concebida en gracia,

poniendo al fiero dragon  
 por trofeo de sus plantas:  
 aquella que vió san Juan  
 con su grande perspicacia,  
 que estaba del sol vestida,  
 y de la luna calzada,  
 y una corona de estrellas  
 sobre sus sienes sagradas:  
 á la vara de Jesé,  
 á la hija de Santa Ana,  
 y para decirlo de una,  
 á la Virgen soberana  
 con título del Rosario,  
 es á quien mi afecto llama,  
 para que me dé su ayuda  
 y me asista con su gracia,  
 dé luz á mi entendimiento,  
 y vigor á mis palabras,  
 porque espliche á los oyentes  
 con brevedad y eficacia  
 á cuánto el amor obliga;  
 las penas que el amor causa,  
 los desatinos y enredos  
 que entre los amantes pasan.  
 Pero para qué me canso,  
 si es cosa evidente y clara,  
 que todo al amor se rinde,  
 todo el amor lo avasalla?  
 Oigan pues aquesta historia,  
 que admiran sus circunstancias:  
 comienzo de esta manera,  
 atencion á mis palabras.  
 En la ciudad mas insignie  
 que alumbra el sol y el mar baña  
 que es Lisboa, pues merece  
 del mundo las alabanzas:  
 en esta ciudad illustre,  
 de Portugal corte, y mapa  
 del orbe por populosa,  
 bien dispuesta y dilatada,

en esta ciudad nació  
 de muy illustre prosapia,  
 adornado de mil prendas,  
 Don Gerónimo de Alvara,  
 tan illustre en su linage,  
 y tan antigua su casa,  
 que en el reyno lusitano  
 es de todos venerada.  
 Tuvo de su matrimonio  
 dos pimpollos ó dos ramas,  
 era Don José el uno,  
 Don Fadrique al otro llaman,  
 que si el uno era bizarro,  
 el otro se le aventaja.  
 Tan illustres y aplaudidos  
 en la ciudad se miraban,  
 que fueron los dos pimpollos  
 de la real casa de Alvara.  
 Siendo pues de doce años  
 Don José, segun declara  
 la historia, y que Don Fadrique  
 á diez años no llegaba,  
 cuando cortó á padre y madre  
 el vital hilo la parca.  
 Huérfanos los dos quedaron,  
 pero con riqueza tanta,  
 que con maestros pudieron  
 aprender buena enseña.  
 Crecieron los dos hermanos,  
 y ciñéndose la espada,  
 fueron por su gran valor  
 respetados en su patria.  
 Eran en suma bienquistos,  
 políticos, que admiraba,  
 de todos muy estimados  
 por su conducta y prosapia,  
 dotados de cuantas prendas  
 á un buen caballero esmaltan.  
 Enfrente de los balcones  
 de su primorosa casa

vivia una gran señora,  
 llamada Doña Constanza,  
 mas bella que dos mil soles,  
 y mas airosa que Palas,  
 y que solo con su vista  
 los corazones robaba.  
 Sus perfecciones no digo,  
 por no hacer la historia larga;  
 pues era mortal envidia  
 de las deidades humanas.  
 Tiró Cupido una flecha  
 al corazon de Constanza,  
 por mano de Don José,  
 tanto que de amor se abrasa.  
 A este tiempo Don Fadrique  
 pena y muere por Constanza,  
 Constanza lo aborrecia,  
 tanto que cuando pasaba  
 por frente de sus balcones,  
 por no verle se encerraba.  
 Tenia tambien consigo  
 Doña Constanza una hermana,  
 llamada Doña Teodosia,  
 tan hermosa y tan bizarra,  
 que si Constanza era bella,  
 era mas linda la hermana.  
 Teodosia por Don Fadrique  
 dias y noches pasaba  
 en un penar muy continuo,  
 pues de fino amor se abrasa,  
 dando de su pasion ciega  
 demostraciones muy claras.  
 Fadrique la aborrecia,  
 pues solamente á Constanza  
 su amor le habia entregado  
 potencias, sentidos y alma.  
 Viendo la noble señora,  
 que Don Fadrique penaba,  
 y que Don José su hermano  
 era el que le robó el alma,

se valió de la prudencia,  
 y una noche que pasaba  
 Don Fadrique por su calle,  
 por una ventana baja  
 le llamó con gran secreto,  
 y le dijo estas palabras:  
 señor Don Fadrique, yo  
 soy la estimada Constanza,  
 mas temo que por hermosa  
 tengo de ser desgraciada.  
 Don José su amado hermano,  
 mayorazgo de su casa,  
 me lleva las atenciones,  
 y estoy de su amor prendada.  
 Y asi, señor Don Fadrique,  
 puede buscar otra dama,  
 que si yo no soy su esposa,  
 es que quiero ser su hermana.  
 No dijo mas, y con esto,  
 cerrándole la ventana,  
 quedó el señor Don Fadrique  
 como un tigre, con tal rabia,  
 que un leon en lo iracundo  
 parecia, pues echaba  
 mucha espuma por la boca,  
 maldecia y perjuraba.  
 Quién dijera, quién dijera,  
 que amor le precipitára  
 á un hecho el mas asombroso,  
 á la mas enorme infamia,  
 que fue dar muerte á su hermano?  
 Asi fue: pues á su casa  
 caminó con ira y furia,  
 y sin hablarle palabra,  
 y sin que se defendiera,  
 pues descuidado se hallaba,  
 le dió á Don José su hermano  
 una tan fuerte estocada,  
 que le derribó en el suelo,  
 y con cuatro puñaladas

le dió la muerte, y despues  
 con ferocidad osada  
 en un pozo lo arrojó,  
 sin que nadie de la casa  
 fuese testigo del hecho.  
 Y recogiendo la plata,  
 se salió con su caballo,  
 y en Almería se embarca  
 en un navío soberbio,  
 que navegó con bonanza  
 hasta el reyno de Sicilia;  
 y en la provincia de Italia  
 estuvo catorce años,  
 sin dar la vuelta á su patria,  
 espendiendo su tesoro:  
 pero siempre le arrastraba  
 su pasion á que volviera  
 á ver á su gente amada.  
 Dejemos á Don Fadrique,  
 y volvamos á Constanza,  
 que pasó toda la noche  
 de aquella infeliz desgracia;  
 esperando á Don José;  
 y otro dia de mañana,  
 cuando se supo en Lisboa  
 de Don Fadrique la falta,  
 y de Don José su hermano,  
 (que su muerte se ignoraba,  
 y estuvo siempre en secreto,  
 pues indicios no se hallaban  
 de pendencia, robo ó crimen,  
 que ser muerto se juzgára)  
 se hicieron las diligencias,  
 por ver si los encontraban.  
 Se informan de los vecinos  
 y criados de la casa;  
 nadie dice haberlos visto,  
 ni saber á donde paran.

Y como no los hallaron,  
 preguntándole á Constanza  
 si sabia algo del caso,  
 respondió no saber nada;  
 mas siempre tuvo recelo,  
 que maldad habria armada  
 por el ingrato Fadrique,  
 mas calló disimulada.  
 El Rey se tomó la hacienda,  
 quedó perdida la casa,  
 Don José de Alvara muerto  
 en un pozo ciego estaba  
 dentro de su misma casa,  
 sin que entonces se pensára  
 en querer reconocerle:  
 Don Fadrique allá en la Italia,  
 Lisboa en gran sentimiento,  
 llena de pesar Constanza,  
 Teodosia afligida y triste;  
 reparad lo que amor causa,  
 cuando pasa ya á locura,  
 y es pasion desordenada,  
 que á todo riesgo se empeña  
 quien de él herido se halla.  
 No se pasaron dos meses,  
 cuando se casó Constanza  
 con un noble caballero,  
 que Don Carlos se llamaba,  
 de Mendez por apellido,  
 de rica y noble prosapia,  
 siendo muchos los festejos,  
 que hicieron por esta causa  
 los amigos y parientes.  
 Y en otra segunda plana  
 diré como Don Fadrique,  
 restituido á su patria,  
 entregó el alma al demonio,  
 y se libró de sus garras.

## SEGUNDA PARTE,

*En la cual se refiere, como Don Fadrique le entregó el alma al demonio, por gozar de Doña Constanza; y siendo libre por intercesion de la Virgen Santisima del Rosario, se casó al fin con Doña Teodosia.*

Ya deja la primer parte casada á Doña Constanza, Don José de Alvara muerto, y Don Fadrique en Italia, y prosiguiendo la historia, silencio á todos se encarga. Asi que supo Fadrique que se ignoraba su infamia, trató luego de volverse á su muy querida patria, y en un barco genovés que partia para España, se embarcó, y en Gibraltar desembarca, y su jornada á Portugal endereza, en donde fue con estrañas muestras de amor recibido de todos sus camaradas. A sus deudos y parientes, por su hermano preguntaba, fingiendo con sentimientos, sentir mucho su falta. Y aunque supo por muy cierto que Constanza era casada, no obstante quiso seguir sin freno su depravada pretension, por ver si acaso puede llegar á gozarla. O fiero horrible delito! ó pasion desordenada, que asi ofuscas á los hombres las tres potencias del alma,

sin que puedan del discurso tomar la buena enseñanza! Asi seguia Fadrique sin rienda su depravada intencion, solicitando con villetes y con cartas atraer á su cariño á la que no se acordaba haberle tenido amor en ningun tiempo, y amaba en extremo á su marido, y aunque tanto no le amára, el haber nacido noble, para su honradez bastára. Y asi cuando algún papel de Don Fadrique le daban, con juiciosa pesadumbre á las llamas lo entregaba, sin leerle, por no ver letras que se encaminaban á hacer ofensa á su honor. Y viendo no aprovechaban todas estas diligencias, dejó Fadrique las cartas, y con música y paseos la calle escandalizaba. Viendo esta buena Señora la desatencion sobrada de este noble caballero, y que su hermana prendada estaba de su aficion, de tal suerte, que en la cama

la tenia una profunda  
 melancolía postrada,  
 de modo, que á peligrar  
 llegó su vida, y Constanza,  
 como tanto la queria,  
 quiso ver, si con palabras  
 persuadiría á Fadrique,  
 que con ella se casára.  
 Y enviándole á llamar,  
 vino luego sin tardanza:  
 recibióle con agrado,  
 y con corteses palabras  
 le dice que tome asiento;  
 y el mancebo con bizarra  
 gallardía corresponde,  
 pues de esta suerte le habla;  
 á la vista de tus ojos  
 de cualquier suerte descansa  
 mi corazon, dueño mio;  
 di lo que quieres, que aguarda  
 el alma, salga el asunto  
 de ese tu pecho. Y Constanza  
 asi comenzó á decirle:  
 señor Don Fadrique Alvara,  
 pretender el menoscabo  
 del honor de cualquier dama,  
 en un villano es delito;  
 pues el que tiene heredada  
 sangre clara que le ilustra,  
 y nobleza que le ensalza,  
 qué satisfaccion dar puede,  
 que tal culpa satisfaga?  
 Sabes que soy bien nacida?  
 ignoras que soy casada?  
 dudas que mi esposo es noble?  
 Si esto sabes, cómo ultrajas  
 con tantas desatenciones  
 todo el honor de mi casa?  
 qué pretendes alcanzar?  
 muy loca es tu confianza,

pues tengo esposo á mi gusto,  
 soy noble y aquesto basta.  
 Mas porque entiendas que yo  
 te estimo, con mano franca  
 te daré esposa que á mí  
 en la nobleza me iguala,  
 en la hermosura me escede,  
 como es Teodosia mi hermana,  
 noble, virtuosa, honesta,  
 hermosa, prudente y sabia,  
 la cual á tu gallardía  
 tiene rendida su alma.  
 En cuanto mi hermana quiere,  
 qué me respondes? qué hablas?  
 Respondióle desatento  
 con osadía sobrada:  
 como yo logre tus brazos,  
 hermosísima Constanza,  
 te doy palabra de hacer  
 todo cuanto á tí te plazca.  
 Viendo tal desatencion,  
 con una impaciencia honrada  
 le dijo: cuando tú harás  
 de la noche á la mañana  
 en esta plaza un jardin  
 de cuantas flores se hallan,  
 entonces conseguirás  
 tu intento, y aquesa vana  
 pretension de tu locura.  
 Y dicho esto, se aparta  
 de su vista, y él quedando  
 corrido, con ira y saña  
 dijo: si con eso logro  
 todo el fin de mi esperanza,  
 te doy palabra de hacerlo,  
 aunque aventure mi alma.  
 Salióse despavorido,  
 y cual vívora pisada,  
 perturbados los sentidos,  
 al demonio busca y llama.

No se tardó en acudir,  
 pues no bien puso las plantas  
 en la calle, cuando oyó  
 un hombre que le llamaba.  
 Acercóse á él, y le dijo:  
 qué me quieres, camarada,  
 que tan ansioso me buscas?  
 yo soy el que tú llamabas:  
 yo soy el demonio, pide.  
 Y como tan ciego estaba,  
 le dijo, muy obligado  
 quedaré, como me hagas  
 enfrente de este balcon,  
 en esta espaciosa plaza,  
 un jardin de cuantas flores  
 por todo el mundo se hallan,  
 con pajarillos que alegren  
 con sus dulces consonancias;  
 si lo haces, te daré  
 una cédula firmada  
 de mi mano, en que serás  
 dueño y señor de mi alma.  
 Respondióle: soy contento,  
 venga, amigo, aquesa carta.  
 Sacó luego Don Fadrique  
 de un estuche una navaja,  
 y abriendo sus propias venas,  
 escribió en letras de grana:  
 el alma doy al demonio  
 por el amor de Constanza.  
 Se la dió, y dijo al partirse:  
 si mi esclavo ya te llamas,  
 de qué te sirve el rosario  
 con que ciñes la garganta?  
 arrójale. Y él responde:  
 No, que hasta ver tu palabra  
 cumplida, no soy tu esclavo;  
 logre yo mis esperanzas,  
 y desde luego soy tuyo,  
 y harás lo que mas te plazca.

Tú lograrás tu intencion,  
 replicó, vete y descansa.  
 Desapareció el demonio,  
 Fadrique se fue á su casa,  
 olvidado de la ofensa  
 contra Dios ejecutada,  
 deseando amaneciese;  
 y antes que rayase el alva,  
 se fue al sitio señalado,  
 y quedó absorto, al ver tanta  
 variedad de hermosas flores:  
 juzgó que allí se ostentaba  
 el palacio de Amaltea,  
 ó era de Flora la estancia;  
 pues lo vario en los colores,  
 tanta yerba, tanta planta,  
 tanto alegre pajarillo,  
 con alegres consonancias,  
 lisonjeaban el viento,  
 y á los ojos admiraban.  
 A cuyo tiempo Don Carlos,  
 el marido de Constanza,  
 saliendo á abrir el balcon,  
 al ver maravilla tanta,  
 para ver la novedad,  
 al punto á su esposa llama;  
 la cual se quedó suspensa,  
 atónita y asustada,  
 pues le vino á la memoria  
 al instante la palabra  
 que habia dado á Fadrique,  
 y en razones mal formadas  
 á la Virgen del Rosario  
 en su ayu la implora y llama.  
 Del susto que recibió,  
 quedóse allí desmayada  
 en los brazos de su esposo:  
 y él que todo lo ignoraba,  
 dió voces á su familia,  
 y subió entre las criadas



y criados Don Fadrique  
 á ver novedad tan rara.  
 Apenas volvió del susto  
 la bellísima Constanza,  
 hechos sus ojos dos fuentes,  
 prorrumpió en estas palabras:  
 Carlos, esposo y señor,  
 oye mis voces, y en nada  
 interrumpas mis razones,  
 pues yo soy de todo causa.  
 Sabrás como Don Fadrique  
 desde muy niño me amaba:  
 por mí dió muerte á su hermano,  
 y cuando volvió de Italia,  
 solicitó mis amores;  
 y yo, viendo que mi hermana  
 estaba de su afición  
 tan sumamente prendada,  
 le embié á llamar un dia,  
 por ver si con mis palabras  
 bastaria á persuadirle,  
 que casase con mi hermana.  
 Respondióme desatento,  
 que él á mí solo me amaba.  
 Y yo enojada respondo,  
 diciéndole estas palabras,  
 que cuando haria un jardin  
 en medio de aquesa plaza,  
 con yerbas, plantas y flores,  
 de la noche a la mañana,  
 que entonces sería suya.  
 Y pues he sido liviana  
 en poner precio á mi honor,  
 dame la muerte, á qué aguardas?  
 Y respondió Don Fadrique  
 estas siguientes palabras:  
 el que merecé la muerte

yo soy, hermosa Constanza.  
 Quedó Don Carlos suspenso,  
 y todos los que allí estaban:  
 á cuyo tiempo el demonio,  
 ardiendo de fuego en llamas,  
 se apareció muy furioso,  
 y dijo con ira y rabia,  
 con palabras muy sentidas:  
 yo la cédula firmada,  
 y escritura de Fadrique  
 vengo á rasgar, pues lo manda  
 la que es del divino Verbo  
 madre, y del hombre abogada,  
 por la santa devocion  
 que le tuvo, pues llevaba  
 siempre al cuello su rosario;  
 y dicho esto, la rasga.  
 Desapareció el demonio,  
 dió un estallido la casa,  
 y desvaneciöse al punto  
 aquel infeliz alcázar  
 del engañoso jardin,  
 dejando en aquella plaza  
 un hedor tan insufrible,  
 que á los que cerca habitaban,  
 les obligó á que dejaran  
 por algun tiempo sus casas.  
 Allí delante de todos  
 pidió Fadrique á Constanza  
 y á Don Carlos, que á Teodosia  
 rogasen que se casára  
 con él, y aquel mismo dia  
 los hizo casar Constanza.  
 Portugal quedó asombrado,  
 Lisboa quedó admirada,  
 y aqui rendida la pluma  
 el benigno indulto aguarda.

F I N.